

La epopeya de la clausura

Las crudas de Samuel Pepys

Christopher Domínguez Michael

A Jorge F. Hernández

Había una vez un hombre llamado Samuel Pepys que amó a su esposa, al vino y a las artes. Protegido del conde de Sandwich, participó del regreso de Carlos II a Inglaterra en 1660, restaurando a los Estuardo, a cuya casa nuestro hombre sirvió como fundador de la Marina Real y secretario del Almirantazgo, parlamentario y presidente de la Real Sociedad. Alguna vez fue acusado de simpatías papistas y encerrado en la Torre de Londres. Pero salvó vida y hacienda. Este personaje, puritano y realista, no hubiera ganado, por su carrera pública, sino un modesto lugar en la historia británica.

Samuel Pepys —su viejo traductor al español Antonio Dorta, el venerable, recomendando pronunciarlo “pips”— quedó en el corazón de los lectores por haber escrito el *Diario* más simpático y menos pretencioso de todas las literaturas, acaso el único verdaderamente íntimo. Se conoce que Pepys inició su bitácora el 1 de enero de 1660 usando la novedosa taquigrafía de Shelton. Se ejercitó en el diarismo durante nueve años hasta que un facultativo papanatas le prohibió la escritura al diagnosticarle indicios de ceguera. Por fortuna, no se quedó ciego, continuó amando la vida (y la muerte) hasta su deceso en 1703 a los setenta años de edad.

El *Diario* consiste en seis gruesos tomos, de los cuales Dorta tradujo apenas una muestra para la colección Austral. El almanaque original, depositado en el colegio de la Magdalena, en Cambridge, fue analizado hacia 1819 por un tal John Smith, reverendo, quien descifró la taquigrafía de Pepys. Se publicó en 1825 y recibió el aplauso crítico de Sir Walter Scott. Desde entonces es obra de culto para las letras inglesas y no falta el escritor británico que

lo recomienda como obra elegible para la isla desierta. A Pepys lo consiente una vasta erudición, cuyo culmen es la *Bibliotheca Pepysiana* (1914), de J. R. Tanner.

¿Qué tiene el *Diario* de Pepys que anuncia la literatura moderna? La vida cotidiana, hoy tan estudiada, que encuentra en esa jovial diablura uno de sus primeros archivos sistemáticos. Pepys era persona de origen vulgar, más cultivado que erudito, coleccionista de cuadros y libros, un proyecto de *happy few* stendhaliano descreído de las disputas religiosas y de las trapisondas políticas, aunque se beneficiase de ellas, un cortesano de muy relativa importancia, autor de un diario que consigna comilonas, borracheras y anécdotas variadas, haciendo apuntes de involuntaria relevancia sobre la Historia y los individuos, desde el rey hasta el menos estimable de sus compinches tabernarios.

Es misteriosa la razón por la cual Pepys se decidió a escribir un *Diario* secreto que no cuenta nada significativo sobre los grandes acontecimientos ni narra otra cosa que la prosaica vida de un señor de lo que hoy llamaríamos la clase media. Y como carecía de ambiciones literarias, la suya es la más casual de las obras maestras, útil para el estudioso del clima en el siglo XVII y para el microhistoriador. Pepys se muestra sincero, un estado de ánimo de bien ganada mala fama en literatura. Ajeno al narcisismo autobiográfico, que no concede a la vida otra importancia que la salud física, el arreglo doméstico, la felicidad conyugal o las horas con los amigos. San Agustín, Rousseau o Amiel escribieron confesiones que juzgaron de importancia religiosa o filosófica o psicológica. Y por más íntimo que haya sido, el *Diario* de Kafka es una obra literaria. Se publicó porque



Kafka así lo deseaba. No se necesita mucho psicoanálisis para entender que su orden a Max Brod —“quemame obra”— quería decir exactamente lo contrario, tal como lo entendió ese amigo entrañable, del escritor y de sus lectores.

No parece haber sido escrito para su publicación el *Diario* de Pepys. Al donar su papelería a Cambridge, a Pepys le interesaba la conservación histórica de sus informes administrativos o su memoria sobre Carlos II en la batalla de Worcester, sin interés para los especialistas, aunque sean muy dignas de cita su crónica de la gran plaga de 1665, o del incendio de Londres un año después. Su *Diario* se coló dentro de un acervo documental sin que sepamos mucho más de por qué está allí. Sin darse importancia, Pepys es acaso el primer memorialista, acaso el único, que no se da importancia, un *parvenu* en el mundo de la literatura al cual todo le parece adjetivable, o “muy hermoso” o “muy importante”. Pero la epopeya de su intimidad preludia los mejores momentos de Dickens, quien tuvo en él a un maestro en el arte de contar la vida del súbdito sin otra aspiración que la mesocracia. Pepys es el contrapunto de Shakespeare. Por ello los amantes del Héroe o del Sabio, como Carlyle y Boswell, lo despreciaron.

Practicaba, o intentaba hacerlo, lo que hoy se llama “autoestima” pues su *Diario* es la crónica de una “superación personal”

siempre fallida o pospuesta. ¡Cuántas veces no se propuso Mr Pepys una dieta rigurosa sin cumplirla! Su libro, como los de Rabelais, abren el apetito, una gana medieval de devorar codornices y piernas de cordero. ¡Y qué crudas las de Pepys! Se me enchina la piel leyendo las narraciones del saldo de sus huarapetas con clarete y sus *days after* con vómito verde, presión a la baja y encefalopatía, víctima de la deshidratación alcohólica, a la cual seguía la proverbial empresa de enmienda, antes (y no después) de festejar el año nuevo: “He vuelto a hacer un solemne juramento de abstenerme de las comedias y el vino, lo que estoy decidido a cumplir, de acuerdo con el juramento que he hecho para mí”, escribe el 31 de diciembre de 1661.

Nunca cumplía sus juramentos pero vivía de las pequeñas alegrías como la de ver llegar al carpintero con una nueva estantería “muy bien puesta” o hallar cada día “más hermosa” a su señora. Insuspechado sucesor de Montaigne, Pepys no consultaba a los filósofos para aprender a morir. Le bastaba con festejar, cada año, el aniversario de una exitosa operación para extirparle los cálculos renales.

Pepys, que se aburría con los sermones, era aficionado a las ejecuciones disfrutándolas desde la ventana de su casa. Cuando le cortaron la cabeza a Sir Henry Vane, Pepys lamentó en su *Diario* que el populacho había arrancado el cadáver todavía palpitante de las manos del verdugo, que hubo de conformarse sólo con la cabeza. Mientras los despojos del decapitado eran alegremente arrastrados por las calles, recordó que el rey había prometido, intacto, el cadáver, a los amigos del condenado, entre los que se contaba el autor del único diario verdaderamente íntimo de la literatura, Samuel Pepys.

POSDATA DE 2016. Leamos algunos fragmentos de la nueva edición española, que viene a substituir a la de Dorta con la traducción de Norah Lacoste (2003) de los *Diarios* del primer escritor que contó su vida como era y no como —según los mandamientos de la espiritualidad o de la política— debería ser:

“Octubre 13 de 1660. A lo de Milord esta mañana, pero como aún no se había

despertado, me fui a Charing Cross, a ver ahorcar, arrastrar y descuartizar al mayor general Harrison, lo que se hizo. El mayor general mostraba el mejor humor que pueda tener un hombre en esas circunstancias. Lo cortaron en pedazos y su corazón y su cabeza fueron exhibidos. El pueblo dio grandes gritos de júbilo.

“Diciembre 31. En la oficina toda la mañana. Luego al teatro a ver representar Enrique IV [de Shakespeare] que no me ha agrado nada, sin duda porque yo esperaba algo extraordinario. Luego a lo de Milord, que jugaba a las cartas con personas de calidad. Mi criado ha traído de casa de Milord un gato que la gobernanta le ha dado porque estamos infestados de ratones.

“Febrero 10 de 1661. Día del Señor. Pasé el día tomando medicinas y, Dios me perdone, leyendo novelitas francesas. Esta noche, mi esposa y yo nos entretuvimos conversando sobre un viaje a Francia que esperamos realizar el próximo verano. A la cama.

“Julio 8-13. Toda la semana, ocupado en examinar los papeles y las ropas de mi tío (su viuda está de un humor muy desagradable). Fastidiados, descubrimos que su fortuna no corresponde a lo que calculábamos y a lo que todo el mundo cree.

“Septiembre 29. En ambas comidas, no sé cómo, bebí tanto vino que me embriagué y me dolió la cabeza toda la noche. Fui a acostarme sin leer la oración en común. Ningún domingo me ocurrió esto desde que vivo aquí, pero me sentí tan mal que temí que los criados advirtieran mi estado.

“Noviembre 25 de 1662. En el pueblo se habla mucho sobre lo siguiente: algunos fanáticos proclaman que el fin del mundo está cercano y que el próximo martes será el día. Contra lo cual, ocurra cuando ocurra, Dios nos prepare.

“Enero 9 de 1663. Esta mañana, en cama, mi mujer volvió a hablarme de la necesidad de una dama de compañía. Si ella permite a las criadas familiaridades que las echan a perder es, dice, porque no tiene compañía. Cierzo, demasiado cierto. Llamó a Jane y le dio las llaves de su cofre para que sacara un rollo de papeles, de los cuales se puso a leer uno. Allí describe en inglés, en términos muy vivos, con deta-

lles casi siempre exactos, la soledad de su vida y la tristeza que la envuelve.

“Octubre 19. Despertado por una gran tormenta, dije a mi mujer: ‘Quiera el cielo que no haya muerto ninguna persona calificada; ¡el viento está muy fuerte!’ Terminó por la Reina.

“Abril 5 de 1664. Esta noche, al volver, hallé a mi mujer vestida como si hubiera salido. Me dirigió la palabra en un tono que me desagradó. Le tiré de la nariz para enojarla (claro que enseguida, para que se calmara, le aseguré que se trataba simplemente de un gesto espontáneo).

“Noviembre 23. Me visitó esta tarde Sir G. Carteret. Fantásticas las argucias que tramamos para que los gastos de esta guerra parezcan más cuantiosos, y obtener así más dinero.

“Septiembre 2 de 1666. La gente estaba como loca. Nadie, nadie, trataba de apagar el fuego. Además, las casas estaban demasiado juntas en ese barrio y llenas de material combustible, como la resina y el alquitrán, sin contar los comercios de aceite, de aguardiente y de vino, a lo largo del Tamésis. Las iglesias, abarrotadas de objetos en vez de personas que, en ese momento, habrían debido escuchar misa, apaciblemente.

“Septiembre 9. Es extraño pensar con qué facilidad y cuán abundantemente he orinado esta noche.

“Diciembre 5 de 1668. Desde nuestras recientes discordias, mi mujer me vigila mientras duermo y está persuadida de que sueño con Deb. Me ha dicho que hablo de noche, y que hoy grité ‘Ramera’, seguramente pensando en ella...”

Paul Morand, de quien se reproduce un texto de 1939 para abrir esta edición de los *Diarios*, afirma que a Pepys, espíritu agudo y conversador brillante, le tocó ser ese hombre común que lleva adentro toda la verdad humana: “le veremos actuar, retroceder, arrepentirse, envejecer, disfrutar y destruirse”. Y Claire Tomalin, autora de *Samuel Pepys, The Unequalled Self* (2002) dice que Pepys logró, al mismo tiempo, retratar a una sociedad entera y presentarse como un héroe solitario, ser al mismo tiempo el más ordinario de los hombres y el más extraordinario de los escritores (1996 y 2003). **u**